

De la Dictadura á la «dictablanda»:

La muerte del general Primo de Rivera

Eduardo de Guzmán



Acomiencos de enero de 1930 don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, segundo marqués de Estella y teniente general del Ejército, que lleva seis años, tres meses y quince días gobernando España de espaldas a la Constitución, demuestra, una vez más, su inveterado optimismo y la absoluta confianza en sus propias fuerzas. En una de sus notas oficiosas «de inserción obligatoria» y en varias declaraciones a otros tantos periódicos expresa su plena satisfacción por la obra realizada por la Dictadura que preside y su firme decisión de continuar al frente del gobierno todo el tiempo que sea preciso para asegurar de manera definitiva la salvación, grandeza y prosperidad de la patria frente a todos sus enemigos internos y externos.



El primer Directorio, constituido por el general Primo de Rivera, en septiembre de 1923 (duraría hasta diciembre de 1925). En la fotografía, alrededor del rey D. Alfonso XIII, los generales Primo de Rivera, Cavalcanti, Federico Berenguer, Saro, Dabán, etc.

NO le arredran ni inquietan los negros nubarrones que algunos creen divisar en el horizonte nacional. La aguda crisis económica con el aumento del paro y la baja de la peseta, no pasa, en su opinión, de ser producto de las maniobras de las grandes compañías petrolíferas, furiosas por la creación del monopolio. Las protestas estudiantiles y el descontento proletario exteriorizado en algunas huelgas, es producto exclusivo del trabajo de agitadores profesionales pagados por el extranjero. En cuanto a conspiraciones y complots, lo ocurrido un año atrás con el estrepitoso fracaso de Sánchez Guerra en Valencia y de los artilleros en Ciudad Real, debe servir de lección y escarmiento a quienes pueden caer en la peligrosa tentación de imitarles.

La Dictadura se siente segura y el dictador no tiene inconveniente en proclamarlo a los cuatro vientos. Es cierto, desde luego, que en determinados círculos aristocráticos y palatinos no se le ve con muy buenos ojos y que en algunas recepciones, bailes y cacerías le critican en voz baja y hacen chistes a su costa. También que algunas figuras de la vieja política, que no se resignan a desaparecer, cele-

bran conciliábulos para encontrar peros a su labor, y que otros, que aspiran a sustituirle en un mañana que se imaginan cercano, trazan planes más o menos disparatados. En general, nada de esto tiene importancia, porque llevan más de un lustro haciendo lo mismo y sin conseguir debilitar su posición. Ni siquiera resulta demasiado alarmante que a este juego se hayan sumado últimamente el duque de Alba, Cambó, don Gabriel Maura, don Leopoldo Matos —abogado de la Real Casa—, cuatro o cinco banqueros y algunos conocidos cortesanos. Ninguno de esos caballeros tiene prestigio ni arraigo en el país. Podrían ser peligrosos de estar respaldados en las más altas esferas, pero don Miguel dice con cierta frecuencia a sus íntimos:

«A mí no me borbonea nadie...».

Seguro de su fuerza, habilidad y astucia, está convencido de que continuará mucho tiempo en el poder. Pero si así lo piensa y dice a primeros de enero, antes de finalizar el mes se encuentra sorprendentemente fuera del poder, sin que su desplazamiento del gobierno se haya producido en virtud de ningún hecho revolucionario y violento, sino de la manera

El dictador Primo de Rivera, en compañía del embajador inglés en Madrid, Sir Horace Graham.



más pacífica y normal. Aunque durante semanas enteras se niega a creer que la crisis económica tenga la menor importancia y rechaza una y otra vez la dimisión que Calvo Sotelo le presenta, el 20 de enero no tiene más remedio que anunciar la sustitución del ministro de Hacienda de la Dictadura por el conde de los Andes.

Sólo cinco días después, Primo de Rivera tiene que hacer otra rectificación de mucha mayor

gravedad. El sábado 25 de enero convoca en su despacho a los informadores políticos para negar la menor verosimilitud a los rumores de una posible crisis y especialmente a cuanto se dice de una presunta conspiración militar acaudillada por el general Goded. Sus palabras no pueden ser más tajantes:

«Es un puro disparate —afirma—. Goded es uno de los más prestigiosos generales de nuestro Ejército, con porvenir más amplio porque es de los más jóvenes, y tiene una disciplina y una idea del cumplimiento del deber bastante más exacta de lo que alguien supone».

Pero en las horas que siguen a su conferencia de prensa, Primo de Rivera debe tener datos exactos y fidedignos acerca de la importancia de la conspiración, porque a solas en su despacho redacta una nota oficiosa —que los periódicos madrileños publican el domingo 26 en lugar destacado de sus primeras páginas— anunciando que el marqués de Estella ha dirigido una consulta a todos los capitanes generales preguntándoles si continúa contando con su confianza para renunciar en caso de una respuesta negativa. La nota termina diciendo: «El Ejército y la Marina, en primer término, me erigieron dictador, unos con su adhesión y otros con su consentimiento tácito; el Ejército y la Marina son los primeros llamados a manifestar en conciencia si debo continuar siéndolo o debo resignar mis poderes».

La inesperada consulta de Primo de Rivera a los capitanes generales produce enorme impresión en el país. Durante la jornada del lunes 27 recibe la mayor parte de las contestaciones solicitadas. Con gran sorpresa para él y ninguna para el país que espera algo parecido, la totalidad de las contestaciones son poco satisfactorias. Con mayor o menor claridad



Don Miguel Primo de Rivera, con la señorita Castellanos.

todos se expresan en forma contraria a las esperanzas y deseos del dictador. Consecuentemente, y aunque tarda bastante más de lo anunciado en tomar una resolución, en la mañana del martes 28 de enero de 1930, el marqués de Estella presenta su dimisión, que Alfonso XIII se apresura a aceptar. En el curso del mismo martes, el monarca encarga la formación de un nuevo gobierno al teniente general Berenguer, jefe de su Casa Militar. En ese momento acaba la Dictadura, para dejar paso a una situación política que la Historia conocerá, por contraste con la situación anterior, como de «Dictablanda».

EL ULTIMO INTENTO DE PRIMO DE RIVERA

Sorprende y desconcierta en 1930 —ahora hace justamente medio siglo— que, tras su largo ejercicio de la Dictadura y de sus repetidas afirmaciones de que no se dejaría borbonear por nadie, don Miguel Primo de Rivera ceda sin la menor resistencia los poderes que ejerce y que se deje desplazar por una maniobra de inequívoca significación. Lo señala con entera claridad en sus memorias políticas de tan acentuada fidelidad monárquica como don Juan de la Cierva, que, refiriéndose al gobierno Berenguer, escribe: «Aquel gobierno tenía, entre otros inconvenientes, el que se

viera demasiado la iniciativa y anunciarse, como se anunció, el régimen constitucional, habría sido preferible llamar al poder a la más alta representación de la política monárquica, previa meditaciones y asesoramientos bastantes para asegurar el acierto. No se hizo así, y el Gobierno pareció una prolongación del poder personal que se imputaba haber ejercido el rey con la Dictadura». Insistiendo en el mismo punto, Ossorio y Gallardo escribe por su parte: «Se ha de reconocer que Berenguer fue insuperable por las maneras civilísimas, por el sentido de justicia, por el espíritu pacificador. No cabía hallar una conciencia mejor. Pero, ¡ay!, era el jefe de la Casa Militar del rey. El ministerio tenía un fuerte asidero civil en el ministro de Fomento, que era el distinguido abogado don Leopoldo Matos. Pero, ¡ay dos veces!, este jurisconsulto era el abogado de la Casa Real».

El hecho cierto es que el marqués de Estella, que sea por cansancio o enfermedad, no opone la menor resistencia a presentar la dimisión cuando los capitanes generales consultados responden en forma negativa a sus preguntas, parece darse cuenta diez días después de haber sido víctima de una habilidosa maniobra e incluso hace gestiones para intentar reconquistar el poder con tanta facilidad abandonado. Berenguer lo da claramente a entender



El segundo Directorio, elegido por el dictador Primo de Rivera el 2 de diciembre de 1925. (En el centro de la fotografía, Primo de Rivera, rodeado, entre otros, de José Calvo Sotelo, el almirante Rivera, Eduardo Aunós, el general Martínez Anido, el general Barrera y el conde de Guadalhorce.

en su libro de memorias «De la Dictadura a la República» al hablar de unas conversaciones celebradas en Barcelona entre Primo de Rivera y los generales Barrera y Milans del Bosch, poniéndolas el siguiente comentario: «Otra información, publicada por aquellos días, en que se aludía a determinadas incidencias de aquel viaje dieron lugar a rumores y comentarios, muy especialmente en Barcelona, que alarmaron grandemente a la opinión. Que allí se pretendió algo extraordinario y absurdo que no encontró ambiente favorable, lo pude comprobar días después, por referencia de uno de los presentes. Por el momento, el Gobierno se limitó a tomar las medidas necesarias para estar prevenido y seguir de cerca aquellas manifestaciones que, en realidad, no representaban de momento ningún peligro material, por muy sensibles que fueran sus consecuencias morales».

Don Emilio Mola Vidal, el general que en los primeros días de febrero de 1930 toma posesión de la Dirección General de Seguridad, es mucho más concreto al referirse a este último intento del marqués de Estella. En la página 235 de su libro «Lo que yo supe (Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad)» escribe, al comentar la reacción de Primo de Rivera al constituirse el gobierno Berenguer: «La solución fue tan poco del agrado del marqués de Estella, tan herido quedó en su amor propio, tan se creía árbitro de los destinos de España, que a los pocos días buscaba colaboradores para llevar a la práctica un nuevo golpe de Estado con ánimo de asaltar el poder, obligar al rey a abdicar e instituir una regencia bajo su personal tutela. Como era lógico, sus gestiones fracasaron ruidosamente; se convenció de que la populari-

dad de otros tiempos había sufrido un duro quebranto; de que los amigos le abandonaron, y fue entonces cuando decidió expatriarse. Sin embargo, su temperamento inquieto no le permitía resignarse al infortunio, y aun desde París siguió alentando a sus incondicionales de acá. Cuando tal ocurría, casi mediaba el mes de febrero. No quisiera que una ligereza empañase la verdad rigurosa que me he propuesto que resplandezca en todas las páginas de este libro, pero dejaría de ser sincero si no dijese que los manejos de los elementos dictatoriales siguieron aun después de la muerte de Primo de Rivera; hubo reuniones, acuerdos y hasta se afirmó por cierto agente a mi servicio que una tarde se había celebrado una entrevista en la Casa de Campo, en la que cambiaron impresiones el rey y una elevada personalidad entusiasta de la Dictadura».

La salida de España del marqués de Estella, que, fracasado en Barcelona, llega a París el 12 de febrero de 1930, significa un alivio para los gobernantes de la «Dictablanda». Aunque, según Mola, Primo de Rivera continúa manobrando en la capital francesa y, de acuerdo con los informes del director general de Seguridad, inquieta a Berenguer cierta reacción en favor de una Dictadura que advierte en algunas esferas sociales, «especialmente entre el alto personal palatino» esa tendencia no constituye una amenaza grave y directa como podría constituir de continuar el ex dictador las charlas y reuniones con antiguos colaboradores suyos. En realidad, durante toda la segunda mitad de febrero lo que más desazona, tanto a la opinión pública como a los gobernantes, es lo que don José Sánchez Guerra pueda decir en su anunciada conferencia del teatro de la Comedia.



El general Primo de Rivera condecorando a la «reina de Otoño», madrileña. Eran los últimos años de la Dictadura.



En esta fotografía, tomada hacia 1929, Primo de Rivera, en primer término, y el rey D. Alfonso XIII, durante una montería.

Aunque el viejo político conservador, dos veces presidente del Consejo de Ministros, no va tan lejos en su disertación como pretenden los republicanos, su falta de confianza en la confianza, su afirmación de que si el dictador fue Bellido, el impulso vino de mayores alturas y su firme decisión de «no servir más a señores que en gusanos se convierten», es un golpe demoledor para la Monarquía, que durante las últimas semanas de febrero y las primeras de marzo hace correr verdaderos ríos de tinta, y determina que el pueblo se olvide de los demás aspectos de la transición política que España está viviendo.

OSCURA MUERTE EN PARIS

En la tarde del domingo 16 de marzo de 1930 empieza a circular por Madrid el rumor de que Primo de Rivera acaba de morir repentinamente en París. Como nada se ha dicho en días precedentes de que el general se encuentre enfermo de mayor o menor gravedad, una mayoría rechaza escéptica la especie, considerándola uno más de los abundantes bulos que circulan por la capital de España. Sin embargo, a medida que avanza la tarde los rumores se intensifican y concretan. Al final, hay que rendirse a la evidencia de que inesperada y sorprendentemente ha llegado para el marqués de Estella la hora de los elogios póstumos.

Berenguer se entera de la noticia poco después del mediodía, gracias a un telegrama del duque de Alba que se encuentra accidentalmente en París. El jefe del gobierno informa inmediatamente al rey y convoca a los ministros para un consejo, a celebrar en la mañana siguiente. A primera hora de la tarde recibe la visita del general Sanjurjo, íntimo amigo de la familia del dictador muerto, para comunicarle que los familiares de Primo de Rivera quieren salir aquella misma noche para la capital francesa y desea acompañarles. En nombre propio y del resto del gobierno, Berenguer le encarga que les transmita su condolencia.

En la mañana del 17 de marzo, la «Hoja Oficial del Lunes» dedica buena parte de su número al luctuoso acontecimiento de la víspera e igual hacen los diarios de la tarde. Recuerdan los periódicos que el marqués de Estella, después de una breve visita a Barcelona, que da lugar a los más diversos comentarios, llega a París el 12 de febrero y se hospeda en un modesto hotel de la rue de Bac, llamado el Pont-Royal. Se muestra deprimido, cansado y un poco enfermo; no quiere hablar con los periodistas y rechaza un ofrecimiento de «La Nación», de Buenos Aires, para que escriba unos artículos defendiendo su labor con la Dictadura y opine acerca del futuro de España.

«No es momento de escribir para los periódicos—contesta el ex dictador—, sino de hacerlo para sí mismo».



El 28 de enero de 1930, el general Primo de Rivera designa el poder en el general Dámaso Berenguer... De la Dictadura se pasaba a la «dictablanda». (En la fotografía, de izquierda a derecha: los generales Martínez Anido, Berenguer y Primo de Rivera.)

Pocos días más tarde cambia de humor y se muestra más animado y contento. A ello contribuyen por partes iguales la llegada de sus hijas Carmen y Pilar, que se quedan a su lado para cuidarle y que un nuevo médico que le asiste le infunde los mayores ánimos. El médico es un judío tangerino nacionalizado español, muy amigo del general Martínez Anido, llamado Alberto Bandelac de Pariente, que si mantiene relaciones cordiales con el consulado español, está violentamente enfrentado con el embajador Quiñones de León.

Tan mejorado se encuentra Primo de Rivera que durante unas semanas vuelve a hacer en París una vida casi normal, comiendo y cenando en diversos restaurantes, asistiendo a reuniones y espectáculos y recibiendo a numerosos amigos y simpatizantes. Incluso acaba aceptando el ofrecimiento de «La Nación» y escribe cuatro artículos, que serán publicados en la última decena de marzo, cuando el ex dictador esté muerto y enterrado. Por cierto, que en el último incluye unos párrafos que parecen indicar el presentimiento de su próximo final. Dice en ellos: «Aparento fortaleza y, sin embargo, yo, que puedo establecer comparaciones, sé bien que la he perdido. El apego e interés por lo días o años que me resten de vida habría que deducirlos de la contestación a estas dos preguntas: ¿Qué me queda por ver? ¿Qué me queda por hacer?».

En la mañana del domingo 16 de marzo, sus hijas Carmen y Pilar le dejan en el hotel para oír misa en una iglesia cercana. Cuando regresan le encuentran solo en su habitación, tumbado sobre la cama, desvanecido al parecer. Avisado a toda prisa el doctor Bandelac, no puede hacer otra cosa que certificar su defunción. Al parecer, el general se había levantado de la cama dispuesto a desayunar y trabajar un rato en su mesa de despacho. Debió sentirse enfermo de pronto y trató de acostarse y llamar a los camareros, sorprendiéndole en ese momento la muerte.

Consecuencia lógica y en cierto modo inevitable de la profunda impresión causada por la repentina muerte del ex dictador, es que algunas personas de imaginación calenturienta lancen los más increíbles rumores. Que carezcan de base razonable y cierta no impide que el gusto melodramático de la muchedumbre ayuda a su rápida propagación. Pretenden los inventores de la especie que la muerte de Primo de Rivera no fue totalmente natural; que, a más de su descuido y negligencia en el cuidado del enfermo, el doctor Bandelac de Pariente anticipó su final, sirviendo extraños y confusos intereses. La especie no tarda en des-

vanecerse al comprender todos que se trata de simples y malintencionadas habladurías. Sin embargo, retoña con fuerzas redoblada unos meses después, cuando el general argentino Uriburo, dictador derrocado en Buenos Aires, que busca refugio en París, fallece repentina y sorprendentemente después de ser asistido por el mismo médico tangerino.

UN ENTIERRO ACCIDENTADO

En el Consejo de Ministros celebrado el 17 de marzo para tratar de la muerte de Primo de Rivera, el gobierno Berenguer no sólo concede el permiso solicitado por la familia para traer el cadáver para ser enterrado en Madrid, sino que dispone que se rindan al muerto honores de capitán general con mando en plaza y que desde París hasta la frontera de Irún acompañe a los familiares el embajador de España en Francia, mientras en el puente internacional recibirá a la fúnebre comitiva el capitán general de la VI Región Militar en nombre del rey.

En la mañana del 19 de marzo llega a la estación del Norte de Madrid el cadáver del marqués de Estella. En una de las salas de espera se instala la capilla ardiente, donde se celebran varias misas, a una de las cuales asiste personalmente Alfonso XIII, acompañado por todo el gobierno. Sin embargo, el monarca no asiste al entierro, celebrado media hora después; ostenta su representación el infante don Fernando, que figura en la presidencia del duelo, en unión de los hijos del finado y de su sustituto al frente del gobierno, general Berenguer.

No han transcurrido dos meses todavía de la caída de la Dictadura y las pasiones están a flor de piel. Entre los partidarios y defensores del régimen dictatorial implantado por el marqués de Estella —que asisten en masa para tributar su último homenaje al general muerto oscuramente en París— reina gran efervescencia. Es unánime entre ellos el sentimiento que la muerte de Primo de Rivera ha sido ocasionada en gran parte por las amarguras de su derrocamiento debido a una maniobra palaciega. Conforme escribe en estos días su colaborador ministerial Eduardo Aunós, «el 28 de enero el monarca prestó oídos a las sirenas» y la caída de la Dictadura fue una simple repetición, corregida y aumentada, de las de Maura en 1909, Moret en 1910 y García Prieto en 1923.

Los primeros incidentes estallan en el momento mismo de ponerse en marcha la comitiva con los gritos encontrados y desafiantes de «¡Viva Primo de Rivera!» y «¡Viva el rey!».



El cuerpo de don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, amortajado con el hábito carmelitano, en la habitación del hotel parisino, donde falleció el 16 de marzo de 1930.

lanzados por grupos que se miran con nada disimulada hostilidad. Se reproducen después, con mayor violencia cada vez a lo largo del recorrido que sigue el cortejo fúnebre desde la estación del Norte hasta la entrada del Puente de Toledo, en que se despide al duelo. Es aquí precisamente, en la Glorieta de las Pirámides, donde el cortejo —que ha tenido buen cuidado de eludir el centro de Madrid, marchando por la Virgen del Puerto, Ronda de Segovia y Paseo Imperial— y la tensión reinante alcanza su punto culminante, con gritos airados contra el gobierno, que llega a temer en algún momento ser víctima de la agresividad de los enardecidos defensores de la Dictadura. El mismo Berenguer refiere con sinceridad los sucedido, escribiendo en sus memorias:

«Terminado el desfile de la tropa que rendía honores al féretro, un nutrido grupo de los que le acompañaban, el mismo que ya se había hecho notar por su exaltación durante el recorrido, formado por algunos centenares de personas, irrumpió en el espacio reservado para el desfile, desfilando a su vez en forma desordenada y violenta ante la presidencia del duelo, exteriorizando su sentimiento por la pérdida del que fuera su caudillo, de forma desconsiderada y violenta, insinuando acusaciones infundadas e injustas. El gobierno, los ministros allí presentes, en nuestro disgusto por presenciar aquella inoportuna explosión de agravios, que podía realizarse impunemente amparados en nuestra propia rectitud de conducta e imparcialidad, oíamos con pena aquellas gratuitas acusaciones que en nada podían referirse a nosotros, ajenos a anteriores intimidades y colaboraciones, pero que venían a rozar prestigios que todos estábamos interesados en conservar indemnes para la salud de la Patria. Comentando aquella noche con algunos de los ministros los incidentes de la jornada, conveníamos en que, en sus consecuencias, habían sido tan lamentables o más

que el discurso (de Sánchez Guerra) en el teatro de la Zarzuela».

Tanto entonces como en años posteriores, muchos dan la razón a Berenguer, que no el único prohombre dinástico en considerar que el entierro de Primo de Rivera y los incidentes que en él se producen ocasionan mayor deterioro a la institución monárquica que las palabras del antiguo líder conservador. Cuenta don Juan de la Cierva que ante el féretro del marqués de Estella le dice el duque de Miranda, jefe de la servidumbre palatina: «Lamentando yo, como todos, la muerte del general, ¿servirá para suavizar la lucha política?». El antiguo ministro de la Guerra contesta: «El elemento político tiene mucha pasión y la muerte del dictador deja al descubierto al rey como blanco principal de los ataques». Por su parte, el propio conde de Xauen, tras hablar de los incidentes producidos durante el entierro, asegura en sus memorias: «La muerte de Primo de Rivera fue un motivo de duelo para todos; me consta la pena que ello produjo en el rey y en toda la familia real. Para el gobierno fue una contrariedad por muchas razones. Además, él era el único que podía encauzar aquella organización política que trató de formar y que, pasados los momentos de pasión, depurada fuera del poder, podía ser de gran utilidad. En la misma discusión de todo lo pasado, su presencia hubiera sido indispensable y conveniente para el régimen».

MEDIO SIGLO DESPUES

Tanto la caída de la Dictadura acaudillada por el marqués de Estella como la oscura muerte de Primo de Rivera en París y los incidentes políticos a que da lugar el entierro de sus restos en Madrid, ocurrieron ahora hace medio siglo justo. Cincuenta años nos ofrecen la perspectiva histórica suficientes para que con serenidad y sin apasionamiento podamos extraer todos la lección y las enseñanzas que los hechos relatados encierran. ■ E. de G.